

Domingo 3º. Tiempo Ordinario. Año A Lectio divina sobre Mt 4,12-23

El evangelio nos sitúa hoy en los inicios mismos de la actuación pública de Jesús. Dejando Nazaret, su casa y a su familia, sale del anonimato y el mundo que lo acoge recibe la salvación que anhelaba; asentándose en Cafarnaún, una ciudad de pescadores a orillas del mar de Galilea, Jesús cumple una antigua profecía: su presencia iluminará la existencia de cuantos habitan en tinieblas y sombras de muerte; una luz nueva, un rayo de esperanza, surge en el lugar donde Jesús se hace presente, por más marginado e insignificante que sea. Entonces como ahora se cumple la promesa. Para dejar de caminar entre sombras y gozar de la salvación prometida habrá que volver a escuchar la buena noticia del reino de Dios por venir y acoger la invitación de Jesús a compartir su vida y su tarea. Así se logrará que el pueblo de Dios ‘vea una gran luz’, sienta de nuevo la cercanía de Dios y que se sienta interpelado por él.

¹²Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan, se retiró a Galilea. ¹³Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. ¹⁴Así se cumplió lo que habla dicho el profeta Isaías:

¹⁵«País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles.

¹⁶El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.»

¹⁷Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

-«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.»

¹⁸Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. ¹⁹Les dijo:

-«Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres.»

²⁰Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

²¹Y, pasando adelante, vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también.

²²Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

²³Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El pasaje, crónica del inicio del ministerio de Jesús, tiene tres partes, desiguales en extensión e importancia. La primera (4,13-16) ve realizada una profecía de Isaías con la presencia de Jesús por Galilea (Is 9,1). La segunda (4,17) transmite la primera acción de Jesús, el anuncio de la proximidad del reino de Dios. La tercera (4,18-22) narra, con cierto detalle, el inicio del discipulado. El texto viene enmarcado por dos noticias: Jesús se hace presente, tras el encarcelamiento del Bautista (4,12); sus misiones no coinciden, como tampoco coincidieron sus evangelios. Jesús se hace presente, enseñando y sanando a la gente donde ella; quien debe anunciar al Dios que está por llegar ha de llegar hasta donde está el pueblo que debe recibir a su Dios.

La secuencia de los hechos narrados es decisiva para entender la mente del redactor. Solo con su presencia, moviéndose en Galilea, desde Nazaret hasta Cafarnaún, Jesús llena de luz al ‘pueblo que habitaba en tierra y sombras de muerte’ y da cumplimiento a la anunciada llegada del mesías. Inundar de luz y vida es lo primero, sin haber *hecho* aún nada antes, que hace Jesús, el Cristo..., sólo con presentarse y fijar morada.

Si se hace presente es para anunciar el evangelio. Y Mateo ofrece el resumen, el corazón, de la evangelización de llevará adelante el mesías Jesús: la conversión que urge – el imperativo absoluto no da lugar a excusas – tiene sólo un motivo: Dios, y como soberano, ha tomado la decisión de venir; si el rey está ya de camino, no hay más alternativa que la de volver a Él.

Mientras estaba anunciando este ‘evangelio’ (¡a notar que la ‘buena’ noticia consiste en imponer la conversión de vida!), Jesús pasa y ve, sucesivamente, dos parejas de hermanos enfrascados en sus labores de pesca, la primera, en plena faena, la segunda, finalizada la pesca y reparando las redes. El relato no satisface la curiosidad del lector ni es, en rigor, muy verosímil: pasando mira a hombres muy ocupados en su trabajo y con su familia, y les ordena – no los invita – seguirle..., y lo siguieron *inmediatamente*, dejándolo todo cuanto les entretenía, redes y padre.

Seguidos por dos parejas de hermanos, recién liberados de sus faenas y de sus familias, y predicando la conversión y un Dios cercano, Jesús puede ya enseñar en sinagogas, evangelizar y curar al pueblo. Cuando Jesús, rodeado de incondicionales discípulos, por escasos que sean, se lanza a evangelizar y a sanar a las gentes, están se llenarán de la luz que aporta la presencia del esperado mesías. Donde viene Jesús, llega la luz y el evangelio, y es posible – porque impuesto – el seguimiento.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El evangelista nos está narrando los inicios históricos del ministerio de Jesús: la predicación del reino por venir y la vocación de un par de hermanos ocuparon a Jesús antes de que el mundo pudiera reconocer su presencia y gozar de sus poderes.

Quienes habitaban en Galilea habían conocido durante siglos la opresión de las potencias paganas y el menosprecio de sus compatriotas. Jesús opta por aparecer en medio de ellos y allí fijar su residencia; esta decisión suya le acompañará toda su vida: conocido como galileo, no será tomado muy en serio precisamente por ello. Pero no le importó; con su incardinación en Galilea Dios empieza a realizar su promesa: Jesús se convierte en conciudadano de los que llevaban una vida insignificante, sin mucho futuro y con pocas luces; su voluntad de ser compatriota de los que han sido humillados, de cuantos no son tenidos en cuenta, los que no se sienten suficientemente considerados, aceptados o amados, abre su ministerio público; y explica que por ellos empieza la predicación del reino. *El Dios que Jesús predica empieza a ser soberano allí donde quedan pocas esperanzas, allí donde se vale menos.*

Una vez lo hizo, y está dispuesto a repetirlo para nosotros: aparecerá en nuestra vida como la luz que nos faltaba, si reconocemos que nos falta su luz y su presencia. Jesús puede ser también para nosotros luz, fuente de vida y de calor, capacidad de discernimiento y clarificación de problemas, nueva visión de las cosas y las personas, apoyo en el camino de la vida y la seguridad de acertar con el final. Pero tendríamos que *sentir mayor necesidad de él: desea la luz, quien sabe de su tiniebla; sólo quien advierta la oscuridad, echa en falta la claridad. Para que Jesús se nos convierta en la luz que nos falta, tendremos que conocer la tiniebla en que vivimos; para dejar las sombras que entenebrece nuestra existencia habrá que caminar hacia Jesús: convertirse a él, caminar a su vera, viendo a su luz las cosas y las personas que encontramos en nuestra vida, nos convertiría en hombres iluminados, personas cuya existencia resplandece y llama la atención.*

Pero no basta con que Jesús se empeñe en vivir entre nosotros; es necesario, como lo fue para los habitantes de Galilea, sus primeros compaisanos, que aceptemos su exigencia: 'Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca'. Es significativo que las primeras palabras que Jesús dirigió a sus conciudadanos exigieran el cambio radical de conducta en ellos; Jesús no podía ser para ellos luz y vida, si ellos no comprendían su vida a la luz de Jesús y si sólo en él cifraban su esperanza de salvación. *La conversión no es otra cosa que poner la propia vida bajo la mirada de Dios y verla - ¡y quererla! - a la luz de sus exigencias: no se desea la visión donde no se percibe la ceguera; no se anhela la luz cuando se vive siempre en tiniebla. Difícilmente echará en falta a Dios quien se siente a gusto consigo mismo.*

De bien poco sirve que Dios se nos acerque, si no lo advertimos; nada ayuda saber que Cristo es nuestra luz, si no le permitimos que ilumine nuestra existencia. Dios y su reino se aproximan a quien se pone a vivir la vida, a entenderla y a programarla, a la luz de Cristo. *Sin convertir a Cristo en centro de nuestra vida, sustento de nuestros planes y esperanzas, apoyo en nuestras debilidades y carencias, no nos convertiremos en lo que él quiere hacer de nosotros: compañeros de vida y de misión.*

Y es que para ver a Dios en el mundo y verse en el mundo a la luz de Dios, hay que vivir según su voluntad y adoptar inmediatamente como propia su forma vida. Lo primero que Jesús hizo, tras anunciar la proximidad de Dios y exigir un cambio de vida, fue invitar a unos pescadores, que pilló ocupados en su trabajo, para que le acompañaran en su misión. Y debieron dejar todo lo que tenían entre manos, el trabajo y las redes, y deshacerse de cuanto ocupaba sus mentes y corazón, familia y casa, para que su único quehacer fuera el seguimiento de Jesús. *Es probable que para nosotros todavía Jesús no sea la luz que ilumina nuestra vida, porque no estamos dispuestos a tanto; Dios no se ha acercado a nuestras vidas, porque no seguimos de cerca a Jesús.* Pues sólo a quien se convierte en compañero de Jesús, se le acerca Dios; y a quien se le viene Dios encima, vive como súbdito de su reino. Para que Jesús ilumine nuestra existencia, es preciso que lo sigamos de cerca, que optemos por él con radicalidad, que hagamos de su compañía la tarea de nuestra vida.

En consecuencia, *al no tener en nosotros Jesús seguidores fieles, no tiene nuestro mundo testigos creíbles.* Cristo no logra hoy ser luz del mundo en que habitamos, Dios ha dejado de ser relevante para los hombres con quienes vivimos, porque les ha faltado nuestra luz, el ejemplo resplandeciente de una vida de sincero seguimiento. *Para poder convencer al mundo de que Dios quiere estarle cerca, para testimoniar a los hombres que Cristo es su compañero de camino, hay que acercarse antes a Dios y vivir acompañando a Jesús.* No faltan hoy los 'buenos' cristianos, discípulos con buena voluntad y mejores deseos; pero siguen faltando los cristianos generosos, que estén dispuestos a dejar lo que les preocupa tanto, proyectos soñados o realidades conseguidas, para que sea Dios - y sus proyectos el eje de sus vidas, su motivo y razón.

Para que Jesús se haga presente entre nosotros de nuevo, salga del anonimato e ilumine nuestra existencia, como hizo en Galilea, precisa de creyentes que estén empeñados en convertirle en centro de sus vidas, razón de su existencia y causa de su esperanza, convirtiéndose a sí mismos en luz que ilumine la existencia de los demás y en motivo de esperanza. La profecía seguirá hoy cumpliéndose, si Cristo encuentra entre nosotros quien se convierta, de verdad y para siempre, en discípulo suyo. Nuestros contemporáneos, como los de Jesús, necesitan de creyentes que irradian la fe y la entrega que han conocido siguiendo a Jesús. ¿Por qué no ser nosotros uno de ellos? ¿Por qué no comprometerse a serlo?